

EL REPROBABLE Y FRÍVOLO PLACER DE LA ESCRITURA CONVERSACIÓN CON FERNANDO SORRENTINO

CRISTIAN MITELMAN¹

Hay un poema de Gelman que predica, con tremenda sencillez y verdad, la inutilidad suprema de la poesía: su gasto, su gesto de dispendio. La literatura en general –como lo dice ese poema– no sirve ni para tomar el poder, ni para hacer la revolución, ni para ganar dinero, ni para enamorar a alguien. Y justamente, opinan algunos, en esa perfecta y absoluta ausencia de funcionalidad reside el valor y la necesidad de la literatura, cuya productividad anti-económica no se mide en dividendos –aunque ocasionalmente los devenga– sino en goce estético, única vía de que disponemos los humanos –hasta el momento– para transformar, por multiplicación indefinida, las coordenadas de tiempo y espacio que nos han sido concedidas. Fernando Sorrentino lo sabe, por eso escribe –impunemente– por puro placer. De esa vocación, especialmente orientada hacia la narrativa, han nacido sus muchos libros. En el cuento –el género más favorable a su creatividad, pródiga en la invención de historias– sabe captar los costados más absurdos de la realidad cotidiana, y por ese camino suele deslizarse hacia el fantástico o el policial, pero reservándose siem-

¹ Escritor, ensayista, poeta y profesor de Letras Clásicas por la Universidad de Buenos Aires. Es autor de *Libro de mapas y de símbolos* (poesía, 1999), *Villa Medea* (cuentos, 2007) y *Una música que gira* (cuentos, 2012). Textos suyos aparecieron en las revistas *Puro Cuento* y *N*. Varios de sus poemas fueron publicados en el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, y en la revista *Proa*. Con Fernando Sorrentino escribió “El centro de la telaraña”, relato cuya versión en inglés fue publicada en la *Ellery Queen’s Mystery Magazine*.

pre plena libertad para la hibridación y el humor con tinte paródico. En este género ha publicado *La regresión zoológica* (1969), *Imperios y servidumbres* (1972), *El mejor de los mundos posibles* (1976), *En defensa propia* (1982), *El remedio para el rey ciego* (1984), *El rigor de las desdichas* (1994), *La Corrección de los Corderos*, y otros *cuentos improbables* (2002), *Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza* (2005), *El regreso. Y otros cuentos inquietantes* (2005), *Costumbres del alcaucil* (2008), *El centro de la telaraña* (2008), *El crimen de San Alberto* (2008). Podríamos aventurar que su ejercicio de la docencia durante más de cuarenta años moduló su voz de narrador para el público infanto-juvenil, al que dedicó, entre otras colecciones, *Cuentos del mentiroso* (1978, reeditado, con variantes, en 2002), *La recompensa del príncipe* (1995), *Historias de María Sapa y Fortunato* (1995), *El que se enoja, pierde* (1999) y *Burladores burlados* (2006); en todas ellas campea la exuberancia inventiva y lúdica que caracteriza su manejo de la ficción breve. Con *Sanitarios centenarios* (1979) incursionó en la novela, y con *Crónica costumbrista* (1992), reeditado en 1996 con el título *Costumbres de los muertos*, en la *nouvelle*. En 1974, un joven Fernando Sorrentino se animó a entrevistar a su modelo literario más admirado; *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges* fue el resultado de esas memorables sesiones, cuyo favorable eco en la apreciación del público lector puede deducirse del número de sus reediciones. Décadas después, con *Siete conversaciones con Adolfo Bioy Casares* (2001) duplicó su apuesta al género de la entrevista. Como antólogo, compiló *17 cuentos fantásticos argentinos* (1979) y *38 cuentos breves argentinos: Siglo XX* (1980). El prestigioso diario *La Nación* de Buenos Aires publica periódicamente ensayos suyos sobre temas de literatura argentina. Muchas de sus obras han sido vertidas a varias lenguas europeas y asiáticas y publicadas en EE.UU., Gran Bretaña, Alemania, Polonia, Italia, India, Portugal, Hungría.

Cristian Mitelman. Contanos un poco de tus primeras experiencias con la literatura. ¿Cuáles fueron aquellas lecturas que te orientaron?

Fernando Sorrentino. Mis primeras experiencias, no diré con la literatura, pero sí con las letras, creo que se remontan al año 1949, cuando yo era analfabeto. Sin embargo, me las ingení para pegar en el álbum mis figuritas de futbolistas que, por alguna aberración

incomprensible, en lugar de estar racionalmente numeradas, se identificaban por el apellido del jugador. Imaginemos que la primera página del álbum estaba dedicada al Club Atlético Atlanta, de camiseta a bastones verticales azules y amarillos. Una vez determinado el redil, mi método consistía en encontrar identidad entre las leyendas de las figuritas y las del álbum. De ese modo, logré –por ejemplo– pegar la figurita con la estampa del delantero Héctor Ingunza en el preciso círculo del álbum donde debía adherirse al citado Héctor Ingunza.

Pero, apenas aprendí algunas letras, una especie de magnetismo irresistible me llevaba a tratar de leer cualquier texto escrito, y puedo contabilizar como mi primer éxito, a los seis años de edad, el desciframiento de la palabra ÚNICO, que esplendía, en letras blancas sobre fondo negro, en una botella de ese aceite de aquella época (según creo, ya no existe).

Escuela primaria. A diferencia de los libros modernos –pletóricos de dibujitos, flechitas, triangulitos y firuletes que no sirven para nada–, el llamado “libro de lectura” escolar de entonces enseñaba *realmente* a leer, y las lecturas, aunque sencillas, eran textos que guardaban elogiabile e imprescindible coherencia narrativa. Y, cada tanto, se intercalaban algunas páginas de “iniciación literaria”: fábulas de Iriarte o Samaniego; fragmentos del *Martín Fierro* o del *Fausto*; poesías de Campoamor; pasajes de *Recuerdos de provincia*, etcétera, etcétera. Bueno, yo disfrutaba de esos pasajes de literatura, ignorando, por supuesto, que pertenecían a una entidad llamada “literatura”.

Y, paralelamente, fueron llegando a mis manos los primeros libros, muchas veces regalos de cumpleaños: *El Sombrerito*, *Cabeza de Fierro*, *El imán de Teodorico*, *El mono relojero...*, todos de Constancio C. Vigil, en aquellos amados tomos de tapa dura y de intenso color naranja. Yo me los devoraba y, al igual que los “ojos hidrónicos” de Segismundo ante Rosaura, siempre quería leer más y más.

En fin, seguí el camino habitual en estos casos. A cada libro lo seguía otro, y a éste, otro más... Mientras tanto, al tiempo que yo crecía en edad, iba también formándose mi gusto personal y así fui aprendiendo a discernir valores literarios, a elegir lo que me agradaba, a desechar lo que me aburría... Tarea de ensayo y error. Por ejemplo...

Las tres historias de Chateaubriand (*Atala*, *René*, *El último abencerraje*) que suelen compartir el mismo volumen me parecieron tres monumentos a la insulsez y al tedio, y nunca más quise reinci-

dir en el malhadado vizconde. En cambio, ¡qué inmenso placer, qué pasión despertó en mí la lectura de *David Copperfield*! Dickens me hizo vivir *adentro* del libro y me hizo simpatizar con Peggotty y con Traddles y con Micawber, y me obligó a espeluznarme con el siniestro Uriah Heep, e infundió en mi espíritu la idea de asesinar al señor Creakle y al señor Murdstone, y a, por lo menos, darle a la señorita Murdstone una fortísima y vengativa patada en su trasero de bruja malvada.

De esta manera, fui familiarizándome con parte de la narrativa del siglo XIX, o de los siglos anteriores, que estaban muy bien representados en la colección de la Biblioteca Mundial Sopena, libros de bajo precio que yo compraba en la librería que describo en mi cuento “La biblioteca de Babel”. En esta colección leí por vez primera el *Quijote*, en una edición en dos columnas y “pelada”, es decir, sin ningún aparato filológico que me explicara ciertos términos arduos para mis doce o trece años de entonces. Pero poco me importó, pues, aunque se me escaparan muchas sutilezas textuales, me divertí muchísimo con las aventuras y, sobre todo, con los graciosísimos diálogos del caballero y su escudero.

Ahora, y a la distancia de tantos años, no deja de asombrarme la ineptitud de *todos* los profesores de castellano y literatura que me tocaron en suerte, o en desgracia, en mi colegio secundario. Nunca lograron transmitirme el menor amor por ningún libro ni por ningún autor: yo era mucho más entusiasta que ellos, y también, más razonable: recuerdo que la profesora de castellano de primer año –a la que yo veía, ya entonces, como una de las mujeres más desatinadas y estrafalarias que he conocido– nos impuso como libro de lectura *La guerra gaucha*, texto en el cual, hasta el día de hoy –a pesar del entrenamiento literario que me han conferido los años, los estudios, el sentido común...–, no he logrado, vencido por su lenguaje maléfico, avanzar más allá de la quinta o sexta página. Pero en casa yo leía a Poe, a Oscar Wilde, a Dickens, a Dostoievski..., con infinito más provecho literario que el que me otorgaban aquellos desdichados docentes del Colegio Nacional n° 4.

Y aquí me detengo en estas evocaciones. Pues luego vinieron mis estudios regulares de letras, y ése es otro cantar, pues yo ya no era niño ni adolescente, y estos nuevos contactos dejaron de ser mis “primeras experiencias”.

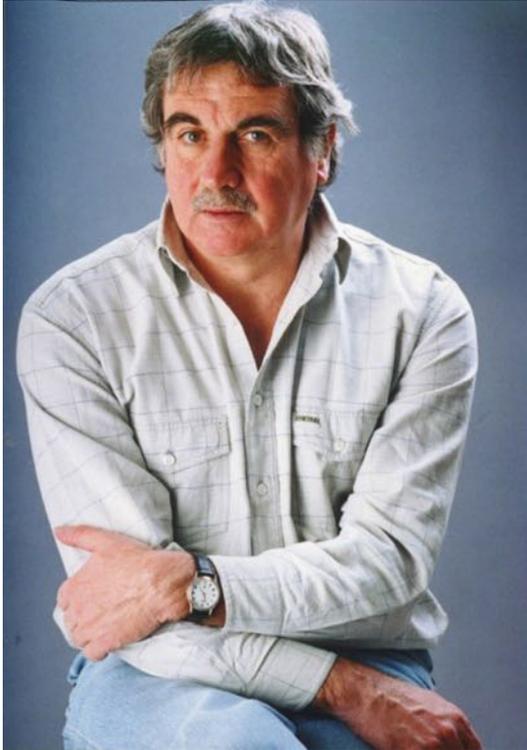


Foto cortesía de Fernando Sorrentino

CM. Ya en tus primeros cuentos hay una presencia del humor, de lo paródico, de lo fantástico. ¿Cómo llegaste a esos temas?

FS. No podría responder con precisión. Sólo sé que no es una actitud deliberada. Escribo gobernado por el reprobable y frívolo sentido hedónico del mero placer, nunca por obligación ni por ningún imperativo exterior a mi real gana. Me gustan las peripecias, los enigmas, las situaciones insólitas, la fantasía, la sorpresa, las paradojas... Me aburrirían hasta la desesperación los textos “sociales”, “psicológicos”, “profundos”, “angustiosos” y demás caterva, en los que veo mucho de simulación y de histrionismo.

CM. ¿Cuándo decidiste que ibas a publicar tu primer libro? Es un momento clave para la vida de cualquier escritor y vos tendrás tu experiencia...

FS. En realidad no decidí nada. De vez en cuando yo escribía y acumulaba papeles, pero no conocía a nadie en el mundillo literario o editorial, y no veía la publicación como una posibilidad cercana ni tampoco necesaria. Aunque parezca rarísimo, alguien que acababa de fundar una editorial nueva, de diminuto tamaño y efímera duración, y que era profesor en el mismo colegio secundario donde yo había debutado como docente, me dijo algo así como “Si tenés alguna novela o algunos cuentos, dámelos, que, si me gustan, a lo mejor los publico en un libro”. Y, en efecto, se publicó el libro, titulado *La regresión zoológica*, en 1969. Y, si bien agradezco la publicación, lo cierto es que no fue necesario más de un año para que yo me arrepintiese de haberlo publicado. Literariamente, maduré tarde y vi que ese primer libro adolece de demasiados defectos; a lo sumo, logré salvar, mediante reescritura completa, dos cuentos para el futuro, pero me pareció sensato no reproducir jamás el resto de esos cuentos más bien pueriles.

CM. Sé que sentís devoción por Kafka. ¿Qué es lo que más te maravilla de ese escritor?

FS. Te contestaré con un juego de palabras: ¿qué es lo que *no* me maravilla de Kafka? Me permito afirmar que es lo que más se parece a la perfección narrativa. Y no dentro de una narración de mero “realismo” (modalidad, dicho sea de paso, tan convencional como todas las demás del universo literario), que resultaría bastante más fácil de realizar. No: lo maravilloso de Kafka es que nos presenta situaciones absolutamente intolerables, sorprendentes e increíbles de una manera tan hábil, que creemos en todas ellas sin la menor violencia: oh, aquel juicio en el granero, aquel diálogo en la habitación del pintor Tittorelli, la ejecución final de K. en esa ceremonia espeluznante... Mientras las leo, *veo* y *oigo* esas escenas, y creo en la “verdad” de todas ellas. ¡Cuántas veces leí *El proceso*, *La metamorfosis*, “En la colonia penitenciaria...”! Y siempre con el mayor de los placeres.

CM. Si tuvieras que recomendarle a un lector extranjero una pequeña antología de la literatura argentina, ¿a quiénes incluirías y por qué?

FS. No lo haría con criterio “histórico” ni “documental” sino estrictamente personal, y guiado por el placer o la emoción que esos textos han suscitado en mí. Además, me ceñiré al género narrativo, ya que, aunque me agrada leer poesía, no me considero apto para opinar. Del siglo XIX elegiría a Sarmiento, Mansilla, algunos pasajes de *Juvenilia*, algún cuento de Eduardo Wilde... (todos ellos con mesurado entusiasmo). También el *Fausto* de don Estanislao. Y, por supuesto, la

obra más importante de la centuria, la que permite y exige lecturas y relecturas, por ser un libro inagotable: la maravillosa novela en verso que conocemos con el título de *Martín Fierro*. Y esta devoción que siento por el libro no se contradice en absoluto con los gustos personales que enumeré en una respuesta anterior. En cuanto a los autores del siglo XX, no me hace falta esforzarme demasiado en las elecciones: casi todos los cuentos, poemas y ensayos de Borges; muchos cuentos y ninguna novela de Cortázar; muchos cuentos y varias novelas de Denevi; muchos cuentos y alguna novela de Mujica Láinez... Uno que otro cuento de Bioy Casares y de Silvina Ocampo...

CM. ¿Cómo fue entrevistar a tu admirado Borges?

FS. Yo tenía apenas veintiocho años y una admiración hacia Borges rayana en el fanatismo. Estar frente a él, una persona que, con rapidez y soltura inconcebibles, podía hablar sin vacilación y sin error de *La divina comedia*, y pasar de igual manera por cualquier tema que yo le propusiera... “Bueno”, llegué a decirme, “tal vez yo esté soñando ya que es imposible que pueda existir un hombre con estas colosales capacidades...”.

CM. Hace poco publicaste un trabajo sobre Marco Denevi.² Tengo entendido que lo admirás no sólo como novelista, sino también como cuentista. ¿Qué es lo que más te llama la atención de su escritura?

FS. En primer lugar debo elogiar la fluidez de su prosa. Nunca es necesario volver atrás para reelaborar algún párrafo intrincado o tropezado. A diferencia de otros narradores, que, por impotencia narrativa, se regodean en no relatar nada, y que siembran el camino con escollos o desatinos sintácticos, los relatos de Denevi abundan en peripecias, en sorpresas, en humoradas... Y, además, hay una cuestión personal: Denevi resuelve los problemas de escritura narrativa exactamente como los hubiera resuelto yo, llegado el caso. Y, lo más importante de todo: Denevi jamás me ha aburrido, siempre me ha causado placer. Y es lo único que yo busco en la lectura: ya lo dije antes: soy un irresponsable y frívolo lector hedonista.

² El trabajo se titula “Y aquí comiensa, tia, lo que deseaba contarle”, y ocupa las páginas 83 a 92 de este libro colectivo: Horacio Callegari, Héctor Álvarez Castillo, Juan José Delaney y Fernando Sorrentino, Prólogo de Antonio Requeni, *Homenaje a Marco Denevi*, Sáenz Peña (Bs. As.), Junta de Estudios Históricos de Tres de Febrero, 2015.

CM. Hasta ahora hablamos de muchas virtudes, ¿cuáles son para vos los defectos que un escritor tendría que evitar en su obra?

FS. Voy a hablar de defectos de construcción, no de defectos estilísticos. Son, al menos, dos, y están relacionados entre sí: la inverosimilitud y la falta de anécdota. Sobre el primer defecto diré que, si alguien, apelando a la “petición de principios”, intenta hacerme creer cualquier situación narrativa, a mí, como lector, no me basta con su palabra: me tiene que presentar las “pruebas” de lo que pretende transmitirme, y esas pruebas tienen que mostrarse como hechos que yo pueda ver, sopesar y ponderar. Un ejemplo ilustre: si Charles Dickens hubiera escrito que el señor Murdstone era un malvado y un sádico, tal declaración no habría servido para nada, y, en efecto, Dickens no la expresó. Lo que sí sirvió, y con eficacia total, fue relatar y describir las maldades y los sadismos del señor Murdstone. El segundo defecto consiste en relatar diversos hechos minúsculos, grisáceos y, a menudo, ricos en aburrimiento... Tales anécdotas responden al error de imaginar que *todo* es interesante y digno de narrarse. Como no es así, esas unidades narrativas mueren cuando se termina de relatarlas ya que no tienen la menor vinculación con ningún otro punto del relato general: resultan huecas, ociosas y antifuncionales, y equivalen a lo que podríamos denominar “la no anécdota”.

CM. Sé que esta pregunta incomoda a los escritores... Pero me dejo llevar por la tentación. ¿Hay algún cuento tuyo por el que sentís más aprecio?

FS. En general, tiendo a preferir los más recientes... Pero, en este caso, lo que menos importa es mi opinión, ya que, una vez publicados, los cuentos pertenecen más al lector que al autor. Y, en este sentido, el cuento mío que tuvo la mayor aceptación, y que se tradujo inclusive a las lenguas más exóticas, es el del título largo: “Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza”. Yo lo escribí, creo que en 1970, sin pensarlo demasiado, y nunca imaginé que, con los años, iba a ser leído por algún caballero japonés y por alguna dama vietnamita.

CM. Y ahora la contra... ¿Alguna vez te avergonzaste de haber publicado algún relato?

FS. No sé si avergonzarme, pero sin duda me arrepentí de haber escrito ciertas facilidades y estupideces que exornan unos cuantos de los relatos de mi primer libro.

CM. Tengo entendido que te han publicado en muchísimos idiomas. ¿Qué siente un autor cuando ve un texto suyo en magiar o en alguna lengua de la India?

FS. Siento sorpresa, alegría e impotencia. No lo esperaba, me pone contento y no puedo entender una sola palabra.

CM. En tus cuentos campea el humor. Un humor a veces triste, a veces corrosivo... Pero definitivamente, no sos un escritor humorista. ¿Cómo llega el humor a tus relatos?

FS. Casi literalmente, me remito a la respuesta que di en la pregunta número 2.

CM. Hay un relato magistral de Borges en que un hombre mayor se encuentra con el muchacho que fue una vez... ¿Qué le dirías a ese joven Fernando que está terminando su primer libro?

FS. Le diría que no sea atolondrado, que no se apresure en llegar al punto final, que vuelva atrás un millón de veces, que relea lo que escribió, que lo reescriba sin cansarse, que no quiera hacerse el ingenioso, que no apele a recursos fáciles ni demagógicos ni "simpatícos"... Y, sobre todo, le aconsejaría al joven Fernando Sorrentino que escriba *únicamente* lo que a Fernando Sorrentino le gustaría leer.

